

La moral nueva y el Papa

SON muchos los católicos —y no católicos también— que están actualmente preocupados por el Papa Wojtyła. Sus constantes declaraciones moralizantes a la vieja usanza no les convencen, a pesar de las aclaraciones que se pueden y deben hacer a la luz de la moral casuista tradicional, y que rebajan sustanciosamente la rigidez teórica de muchas de ellas.

El hecho de que yo crea que la gente, que el pueblo sencillo, no toma esto tan a la tremenda, como los más intelectuales o más inquietos lo hacen un poco asustados, no por eso deja tranquilos a estos últimos ante esas constantes apelaciones públicas, que están hoy desfasadas por su severidad y por su falta de actualidad práctica. No obstante, es cierto que, en un análisis objetivo, este Papa polaco dirige sus palmetazos morales más al ambiente de hoy que a los casos personales de quienes le escuchan, y ellos saben distinguirlo así —a diferencia de los más intelectuales—, a juzgar por lo embelesados y entusiasmados que se quedan ante las frases de este líder populista. Para ellos es grande la satisfacción que sienten al tener por fin un dirigente lleno de vitalidad al frente de la Iglesia después de los cansinos años de Pablo VI.

Pero, a pesar de todas estas explicaciones, lo cierto es que el rigorismo moral obsoleto de nuestro Papa no acaba de convencer ni a los católicos inquietos ni a los progresistas de todas clases, por más sentido de la responsabilidad que tengan. La suavización y el afán de atemperar sus frases a una explicación pastoral más convincente, acudiendo a sutilezas interpretativas y a subterfugios prácticos, como hacían los moralistas católicos de otros tiempos, resultan objetivamente insatisfactorios.

Los católicos que llevan la inquietud en sus cabezas y en sus corazones esperaban otra cosa de este Papa. O, por lo menos, hubiesen deseado al frente de la Iglesia un Papa diferente, más acoplado doctrinalmente a los nuevos problemas morales que han aparecido en nuestra sociedad.

En España tenemos en este momento dos bandos: el de quienes se llaman

a sí mismos tradicionales y seguidores estrictos del magisterio eclesialístico y el de los inclinados a las ventanas que abrió Juan XXIII con su Encíclica "Paz en la Tierra" y con el Concilio Vaticano II, que son quienes pretenden una renovación doctrinal de la moral cristiana y católica, para hacerla coherente con la praxis que exige el tiempo actual a causa de los nuevos problemas, que antes o eran mínimos o no existían.

Dos libros representan ambas tendencias antagónicas: uno es el de los autores españoles en la línea del Opus Dei —I. de Celaya y R. García de Haro— y el otro es del famoso jesuita, profesor de Moral en la Universidad Gregoriana, padre Josef Fuchs. El primero es un rígido libro polémico, titulado con excesiva pretensión "La moral cristiana", como si sólo hubiera la posibilidad de interpretar esta moral como lo hacen sus autores. Y el otro, en cambio, se llama expresivamente "La moral y la teología moral posconciliar", porque su autor se inspira en una sola fuente de gran amplitud renovadora, que es la que aportó el Concilio al pensamiento católico actual.

Aquellos autores españoles cuestionan cualquiera de estas corrientes posconciliares y desechan todos los ensayos católicos que inteligentes y prudentes autores especializados han hecho en España y fuera de ella. Barren de un plumazo la posibilidad de una moral de la responsabilidad personal, no aceptan centrar la ética en una opción fundamental que abarque a todo el hombre en su decisión y no se centre en actos esporádicos, y tampoco admiten la creatividad de la conciencia, que evitaría hacer del hombre un autómatas.

Por supuesto, son incriminados todos aquellos moralistas prudentemente abiertos, como el citado jesuita y también el redentorista padre Haering o el profesor católico F. Böckle. Ninguno escapa a sus rayos condenatorios.

Así se explica que quienes siguen esa moral tan poco en consonancia con el Concilio experimenten una especial satisfacción cuando el Papa moraliza sin matices.

Esta es la razón por la cual muchos católicos, más avanzados que esos au-

tores y sus seguidores, querrían escuchar del Papa actual palabras morales que estuvieran dentro de ese contexto posconciliar representado, sobre todo, por los citados teólogos, que recibieron una gran acogida del Papa Pablo VI. De otro modo se satisfacen solamente infantiles deseos críticos sobre la sociedad presente, y se puede caer en la inoperancia educativa por abuso de unos moldes doctrinales correspondientes a una cultura que ya pasó y que hoy no puede servir ya, por encontrarse fuera de órbita con la realidad actual.

Cuando se leen libros hispánicos que contienen esa moral documentadamente anticuada, como el que aludo, se siente uno a años luz de distancia del Evangelio. Parece uno estar oyendo el rigorismo estoico de antes de Jesús, o el puritanismo legalista decimonónico, más que el sonido cristiano de la alegría que experimenta el creyente ante un mensaje gozoso, que proporciona el entusiasmo de un ideal positivo en la vida como el que se nos comunicó a través del Evangelio de Jesús, que fue siempre un hermano comprensivo de todos los hombres y no un severo Catón.

El cristiano, más que de mandamientos y preceptos exteriores, ha de vivir de la inspiración que le brinda una persona: el fundador del cristianismo, que es el gran personaje de la Buena Noticia que nos trajo el Evangelio. Debe ser la suya una moral del "seguimiento" de ese modelo y de la responsabilidad personal que adquirimos al seguirlo. Si hubiéramos aprendido esto los católicos españoles, otro gallo nos cantara. Porque no estaríamos ahora embarrancados en nuestras cortas visiones de futuro a propósito de la enseñanza, la libertad, la convivencia humana y el diálogo con todos los hombres. Pero desgraciadamente, y a causa de esos autores, hemos cerrado caminos de expansión humana recibiendo una educación cerrada, que nos acostumbró a ser como los fariseos, que miraban sólo al detalle de "la menta y el comino", o como esos saduceos que aliaban el egoísmo hedonista con la práctica de ritos y normas mecánicas que creían poder justificarles. ■